

LA REVISTA

SEMANARIO DE CIENCIAS Y LITERATURA

Redactores — Joaquín de Salterain, M. Herrero y Espinosa, A. Gomez Ruano, A. Terra,
Jorge Sosa Diaz, Juan César Roldós, Saturnino Alvarez Cortés.

AÑO I — NUM. 48

Administrador: Miguel Alvarez Cortés

Suscripcion á 4 núms. \$ 0.60

LA REVISTA

Montevideo, Octubre 3 de 1880

Sumario — Crónica de la semana, por Shack — *Redaccion:*
Los delitos políticos — *Literatura:* Blanca, por Acibar
— *Seccion Científica:* Júpiter ¿sol ó planeta? por A. T.
Arcimis — *Poesías:* Dos capítulos á una mujer, por
Dencalion — *Sueltos.*

Crónica de la semana

Deber es del Cronista poner en conocimiento de sus lectores todo lo ocurrido en la semana que termina. — Tarea difícil y fácil á la vez; — fácil si algo ha pasado interesante y digno de mencionarse; difícil, cuando nada sucede, cuando nada ocurre, cuando todo lo que pasa no es mas que una repetición de lo que, en las anteriores semanas ha sucedido,

Esta semana, sin embargo, ha sido fértil en acontecimientos; — nuestra tarea, no es enojosa. — Empecemos, pues.

Ha visto la luz pública, una carta del Dr. Herrera y Obes, — carta que ha producido alguna agitacion, — que se revela en la prensa, esa válvula por la que se escapan todas las opiniones que imperan en la sociedad, ya sean hijas de la moderacion y del estudio, ya de pasiones mas ó menos fuertes. — En general la opinion de la prensa, se manifiesta contraria á las ideas que el Dr. Herrera emite.

La índole de nuestro periódico, no nos permite abrir opinion, en cuestiones políticas; no es pues, emitir una opinion en ese sentido, el confesar que la carta del Dr. Herrera es notable bajo el punto de vista de la forma, que viste profundos pensamientos, resultado de las lecciones de la esperiencia, — el único maestro en esas materias —

Y ya que de cartas hablamos, no podemos dejar de mencionar la que el señor Ministro de la Guerra ha dirigido á la prensa periódica, — y que tiene por objeto levantar algunos cargos

que se le han hecho, en la cuestion Administracion de Correos.

Tuvimos el placer de asistir al concierto que el jóven violinista Dengremont dió en el teatro Solis, la noche del Jueves.

La palabra es fria y débil, — para espresar los sentimientos que embargaron nuestra alma al escuchar las melodías, que arrancaba aquel arco entre las manos de un génio.

Mas que la ejecucion, que nada deja que desear, — el talento de interpretacion era lo que admiraba — Solo un artista, puede interpretar de aquel modo. — Que los laureles de la gloria ciñan siempre la juvenil cabeza del Artista.

La aparicion de un libro, en nuestras sociedades en que no hay aún vida literaria, es raro caso.

Dos sin embargo, han sido lanzados á la circulacion — El del Sr. Bauzá — que versa sobre historia pátria — y el Nirvana del Dr. Angel Floro Costa.

De alto interés para nosotros el primero — se recomienda por si mismo y se hace necesario en toda biblioteca; — siendo el segundo, el fruto de profundos estudios, el resultado de un bagaje científico considerable — y debido á una bien cortada pluma como es la del Dr. Costa, innecesaria seria toda recomendacion.

Terminamos esta mal escrita crónica, con un juguete literario, que nos remite uno de nuestros compañeros de tarás.

Rimas

Que me aborreces, no sé,
Que no te adoro, lo infero,
Y sin embargo, con gusto
Mis desvarios recuerdo; —
Al fin y al cabo gozamos,
Y aunque ya no nos queremos
Gozo á mi modo pensando
Que muchos gozos te debo.

Dices que á todos los hombres
De buenas ganas, sufriendo,
Les mirarias con gusto
Porque no hay ninguno bueno,—
Y yo que de todos juntos
Soy quizás el mas perverso,
Hablando de las mujeres
Trasfigurado me siento.

De las mujeres, querida,
De las mujeres que dieron
Con todas mis ilusiones
Y mis castillos al suelo,
De las mujeres que acaso
Mis infortunios las debo.
Aun con placer y entusiasmo
De las mujeres me acuerdo.

Es cierto que yo con ellas
He sufrido mil tormentos,
Pero que aprendí á gozar
Con ellas, también, no es cierto?
Placeres que nada cuestan
Están de valer muy lejos,
Como vale poco un libro
Que no se ha escrito sufriendo.

Ibn Chaldun.

Au revoir.

Shack.

REDACCION

Delitos políticos

Entre las diversas cuestiones que se presentan en el estudio de las ciencias sociales, una de las más importantes, tal vez, consiste en clasificar los delitos que pueden poner en peligro la existencia del orden social así como la existencia del orden político.

Se han propuesto varias divisiones, más, como sucede generalmente en estas materias, ninguna de ellas satisface plenamente, aunque todas tengan su parte de verdad — Admitase, empero, cualquiera de las divisiones que de los delitos se han hecho, no podrá menos de reconocerse que existen algunos actos que atacan solamente al individuo; y que se manifiestan otros que atacan el orden social y el orden político.

No entraremos en el exámen de los primeros, no es nuestro objeto; estudiaremos solamente los segundos.

Desde el instante en que el ser colectivo, el pueblo, obra, como pudiera hacerlo un individuo; — desde el instante en que adquiere órga-

nos de sensibilidad, inteligencia y actividad colectivos, — desde ese instante es un Estado. Su organizacion nada nos importa; es exactamente igual que haya adoptado ésta ó aquella forma de gobierno, que tenga una constitucion escrita, ó que el código por el cual se rija sean las costumbres mas ó menos antiguas, bástanos saber que se dá el nombre de orden ú organizacion política á todo cuanto se refiere á la formacion y al mecanismo de los grandes poderes públicos; y que en cuanto al otro punto á considerar en la constitucion del Estado á saber: el mayor ó menor grado en el goce de la libertad civil, que pueda concederse á sus miembros, se le suele designar bajo la denominacion de orden y organizacion social.

• Supongamos que se cometan acciones, que lleven un ataque ya sea al orden social ó al orden político establecido, esas acciones ya se propongan modificar, destruir ó debilitar los poderes públicos, ya restringir ó estender la parte que los diversos miembros de la asociacion, tienen en esos poderes, suscitando, como consecuencia odios, turbaciones, luchas, en la sociedad, esas acciones decimos pueden clasificarse como delitos políticos. Tiene por fin la modificacion de lo establecido, y á pesar de que perturban y alteran el orden actual tienen por objetivo — el bien general.

Se distingue esencialmente del delito comun — como este no prueban generalmente la perversidad de los agentes, que pueden ser al contrario, y lo han sido muchas veces, verdaderos héroes que la humanidad admira y venera.

No pretendemos con lo que se acaba de decir, legitimar en todos los casos el delito político y absolver sus autores; pero si afirmamos que por su naturaleza deben quedar exentos de las penas irreparables cuyo rigor solo se justifica por la perversidad demostrada del criminal lo que en general solo puede darse en el delito comun.

¿ Son legítimos los poderes públicos establecidos? Giran ellos en la esfera de accion que le es propia? Los miembros de ese Estado están igualmente sometidos á las cargas y beneficios sociales? Es conforme á las leyes la direccion dada á los negocios públicos en ese Estado ó no lo es? — Todas cuestiones importantes que aparecen siempre en el fondo de los delitos políticos, y que no se conocen en los delitos comunes! y cuestiones susceptibles de diversas soluciones — La legitimidad de los poderes públicos, — la igualdad en la reparticion de las cargas y beneficios sociales — existirá para unos, pero no existirá para otros. — No quiere esto decir que ante el derecho y ante la justicia lo que es ilegí-

timo é injusto sea justo y legítimo, no ; pero que hay que tener en cuenta las ideas de los partidos políticos que vivan en el seno de la sociedad, y que la verdad y la justicia pueden estar en el vencido y no en el vencedor que juzga.

Si se mira la cuestion bajo el punto de vista de la utilidad, llegaremos á la misma conclusion. ¿Conviene ó nó esa organizacion social ó politica? Es el poder empleado para el bien general ó para el bien de los miembros que lo componen? Todos, poderes públicos, partidos y particulares, invocarán el bien público — « el bien público es un manto con el que se cubren todos en la arena política, » y los partidos y la poblacion se dividen aun mas en estas cuestiones que en las anteriores.

La sociedad pues, que ha visto cien veces al acusado de ayer, hoy en el poder, y al que estaba en el poder, mas tarde en los bancos de los acusados, no puede ser severa, ó por lo menos debe en la aplicacion de la pena, dejar siempre posible la reparacion á la inocencia perseguida.

Es pues de buena doctrina, considerar delito todo conato, de destruir el órden existente, desde que la mayoría lo acata, sea ó no el mas conforme á la justicia, pero por eso mismo, como el acto así clasificado puede justificarse por sus tendencias al bien social, la pena con que se le reprima no puede en ningún caso ser irrepasable.

LITERATURA

Blanca

El actual conde de Villamar, Pedro Antonio Diaz y Garcia, es uno de los representantes mas joviales y despreocupados de la nobleza española; cultivé su amistad desde las aulas y siempre pareció profesarme especial afecto.

En cierta ocasion salimos juntos á una cacería en sus posesiones de Tallasierra.

Ya estaba adelantada la mañana y la excursion no habia producido aun grandes resultados materiales, pero en cambio aspirábamos complacidos el perfume deleitoso del campo y gozábamos del aspecto siempre nuevo de la magestuosa naturaleza; desfilaban en torno nuestro los agigantados pinos y las rastreras matas; cruzaban por sobre nuestras cabezas las alegres avecillas de ágiles movimientos, mientras que acariciadas por el sol, chocábanse las hojas de los árboles al suave arrullo del viento. Así andando llegamos á un espacio mas frondoso que el resto del bosque en cuyo centro ostentábase robusto tronco de secular encina.

Mi compañero se detuvo y por primera vez, vi en su, hasta entonces, risueña cara, una nube de tristeza.

Quedóse mi amigo contemplando, con faz melancólica, el mudo tronco del añoso vegetal; de sus ojos desprendióse con tardo andar, trasparente lágrima.

Iba á demandarle por la causa de tan extraño dolor, cuando dirigiendo hácia mí sú compungido rostro, me dijo:

—No te asombre, amigo, la repentina mudanza, esta encina guarda la triste historia de mi nacimiento.

Ya en el castillo, mi amigo sacó de una pequeña caja un manuscrito cuidadosamente envuelto y al cual el tiempo habia comunicado pajiza coloracion.

Diómelo, y despues de desdoblarlo, empecé su lectura.

I

Recorriendo el bosque vá una aldeana, entretenida en cojer flores silvestres; es una jóven que apenas habrá visto diez y ocho veces á la vid adornada de racimos; viste con sencillez, dejando al descubierto sus torneados brazos de un perfil tal, que así como la esbeltez y proporción de su cuerpo, son dignos de figurar al lado de la estatuaría griega; sus cabellos que se desprenden abundantes bajo las alas de un gran sombrero de paja, son de un rubio oscuro y caen en graciosas ondas por sus encantadores hombros y divinas espaldas; su pequeña y húmeda boca, roja como las amapolas que en su mano lleva, promete mas dulzuras que la miel de la colmena; sus grandes ojos, sombreados por pobladas cejas y largas pestañas, son de un pardo expresivo y retratan en su mirada, la candidez y bondad de su alma.

Distraida en su ocupacion llega la preciosa niña al claro que defendiera colosal encina, al pié de la cual y acariciado por el suave ambiente, duerme gentil cazador. Al descubrir al dormido caballero el primer movimiento de la candorosa doncella, fué como para huir cual tímida paloma; mas repuesta de su sorpresa, se atrevió á dirigirle temerosa mirada. Allí, de pié, suspensa, respirando apenas, quedó largo rato contemplándole atenta.

Poco á poco su mirada fué animando, coloreándose sus mejillas hasta rivalizar con los purpurinos labios. . . su mórbido y turgente seno, despues de un arrebatador suspiro, empezó á palpar aceleradamente, dejando percibir los latidos de su virgen corazon; á sus ardientes mejillas, llegó una lágrima y trémula, volvien-

do por segundos su adorable cabeza se alejó lentamente del paraje que en un momento le hiciera olvidar las flores, arrebatándole su inocente tranquilidad y alegría.

II

Noche, con sus legiones de oscuras nubes toma posesion de la bóveda celeste, gruesas gotas de agua caen por intervalos anunciando la proximidad de comprimida tormenta que por momentos vá á estallar; el bosque, de alegre y poético que fué durante el día, torna sombrío; solo alcanzase á ver en el campo algun labrador rezagado que con paso tardo y entonando monótona canción, se dirige hácia la cabaña que encierra á su hogar querido.

El silencio, la soledad, reina ya do quier, no se distingue sombra humana alguna. . . . mas, no: subiendo las lomas ó hundiéndose en los bajos, se vé apenas á un hombre que rebocado en amplia capa, hácia la aldea se dirige.

Cual avanzada que vigila por el reposo y seguridad del ejército, se divisa, aislada y sola, blanca choza de reducidas dimensiones; por una de sus ventanas, rayos de interna luz salen al exterior en difusos haces. Sirviéndole estos de guía, hácia la choza dirijese el caminante, golpéa á su puerta: momentos despues esta se abre y la luz que trajera quien al llamamiento acudió, dá de lleno en el rostro del viajero; de apostura gallarda, de rostro simpático, ojos oscuros, barba castaña, y cayendo sobre sus hombros, parda melena de enmarañados bucles; el forastero aparenta pertenecer á la nobleza.

La que abre es una jóven, la jóven del bosque, Blanca, en fin, que al ver quien ante su vista se halla, lanza apagado grito, tornando pálida de emocion; el mancebo, que es el mismo al cual Blanca viera dormido al pié de una encina, emudeció, contemplando, agradablemente sorprendido, tan peregrina beldad, como á sus ojos se ofrecia.

Una voz chillona y cascada, arrancóles bruscamente de su mútuo arrobamiento:

—Blanca, ¿quién ha llamado?, á lo que esta, dirijiéndose al jóven:

—Señor, le dijo, ¿qué buscábais?

—Hé llamado, para demandaros generoso albergue, pues la tormenta se acerca y he quedado á pié y extraviado.

—Es un caballero, tia, que perdido, os pide amparo contra la tempestad.

—Que pase, niña, que pase; en mi casa siempre halla hospitalidad el que la necesita.

Y entrando, respondió Pedro, que así se llamaba:—y Dios os lo pagará, buena muger.

Despues de las miradas que entrambos se habian dirigido, ni la jóven, ni el perdido cazador dieron trégua al insomnio, durante aquella noche; y la idea de estar tan próximos, al abrigo de un mismo techo, al calor de una sola lumbre, sin mas compañía en el interior de la silenciosa cabaña que la de una anciana, cuyos cansados párpados tiempo hacia, habian caido pesados sobre su debilitada vista; todo, en fin, contribuyó á acabar de encender sus apasionados corazones.

Fuera, la tempestad desencadenaba sus iras, ya con los ruidos del trueno, ya con torrentes de agua ó con el hálito de fuego de los relámpagos. . . .

III

Al pié de la encina se hallan dos jóvenes, son Pedro y Blanca; sus manos se unen con amor: sus miradas se confunden en el infinito; sus labios se agitan en tierno coloquio. . . .

—¡Qué hermosa eres! la naturaleza toda ha depositado en tí sus galas, y eres arrobadora como ella. Veo ese cielo sereno y trasparente y al mirarme lleno de amor, en tus ojos, contemplo en ellos retratados, su serenidad y transparencia.

Tu boca es mas bella y fragante que las rosas que cuidas en tu jardín, al recibir la primera gota del rocío matinal.

Tu aliento es un perfume, tu mirada un cálido rayo de luz, tu ser es mi ser; no rehuyas mis brazos; te han creado para mi y debes ser toda mia.

IV

—¡Hijo ingrato! ¿asi te atreves á renegar de tus blasones? Si vuelves á hablarme de esa misera villana, juro por los manes de mis ilustres abuelos arrojarte para siempre lejos de mi presencia.

Quien así habla es D. Alvaro, el altanero conde de Villamar; delante de él, cabizbajo y abatido hallase Pedro.

—Padre, murmura, con respetuoso acento.

—¡Calla, indigno, calla! vocifera D. Alvaro.

Pasaron dos años: Pedro era ya conde de Villamar.

Cinco dias despues de la muerte de D. Alvaro, una numerosa cabalgata se dirigia hácia los

bosques de Tallasierra: componíanla Pedro y varios de sus amigos de la infancia. El nuevo conde de Villamar iba decidido á desposarse con Blanca, la aldeana.

Llegaron al bosque.

—Esta es la encina á cuya sombra tantas veces la estreché palpitante contra mi pecho. . . . esa la fuente que sollicita refrescara nuestros abrazados labios. . . ¡aquella la gruta donde, locos de pasión. . . ¡ay! todo aquí ¡guarda recuerdos gratos áel alma.

—Corramos, amigos míos, ¡volemos al encuentro de mi única felicidad en la tierra!

V

—¡Decepcion amarga! ¡fatal desengaño! ¡oh cruel destino, cuantas veces te complaces en saciar tus indomables furios sobre las impotentes criaturas humanas!!

Pedro, solo halló en la aldea, una lápida y un huérfano.

Acibar.

SECCION CIENTÍFICA

Júpiter

¿SOL Ó PLANETA?

Segun las ideas de los antiguos, sólo habia tres clases de astros, á saber: el Sol, la Luna y las estrellas; luego se dividió este último grupo en dos: el de las estrellas fijas y el de las estrellas errantes ó planetas. La Tierra siguió por largo tiempo ocupando un lugar excepcional en el concierto celeste, hasta que el inmortal Copérnico, ampliando y robusteciendo los argumentos de los egipcios y de Pitágoras, hizo descender á nuestro globo del puesto adonde lo habían elevado la ignorancia y la soberbia, para situarlo entre Venus y Marte, como uno de los más humildes satélites que acompañan al Sol en su eterno y desconocido viaje.

Por esta época estaban los astros divididos en estrellas, planetas, Luna y Sol; los cometas quedaban exentos de clasificación. Pasaron los años; multiplicáronse los instrumentos, y se llegó á demostrar que ese Sol, único al parecer, esa antorcha del universo, esa *hacha del mundo* y *ojo del cielo*, que nos alumbra, calienta y da vida, era una pobre estrella de condicion humilde, que debia toda su hermosura y fuerza á la corta distancia de 37 millones de leguas que de nosotros la separa, y que, transferida á la zona en que se hallan sus compañeras, apenas brillaria como uno de los mas ténues luminare

que en la noche serena esmaltan el azulado cristal del firmamento.

Pero si el Sol ha descendido en categoria, quedando igualado á los millones de soles que giran por la inmensidad del espacio, algunos de los modestos planetas que á su alrededor circulan han ido poco á poco presentando pruebas y testimonios que acreditan, no solo su estirpe solar, sino tambien que aún conservan algunos vestigios de su pasada grandeza. En este número, y más conspicuo que todos, aparece el ostentoso Júpiter.

Su brillo es extraordinario, y llega en ocasiones á hacer proyectar sombra á los objetos; para realizar este experimento basta preparar una habitacion como cámara oscura, cerrando todos los huecos, ménos uno, por el cual ha de penetrar exclusivamente la luz del planeta, que se recibe sobre una pantalla de papel blanco. Colocando en el curso de los rayos un objeto cualquiera, v. gr. un lápiz, se vé proyectada su sombra en el papel. Claro es que el experimento ha de llevarse á cabo cuando la Luna se halle bajo el horizonte.

Júpiter está rodeado de una atmósfera densa y profunda que nos impide contemplar la corteza ó superficie del planeta; en esta atmósfera única parte visible del mundo jovial, tienen lugar grandes convulsiones y borascas, que producen cambios notables en el aspecto del planeta, tan rápidos á las veces, que ni tiempo dan para concluir los dibujos en que se trata de representar las caprichosas modificaciones de la gaseosa envoltura. Puede decirse, sin pecar de exagerado, que el aspecto del planeta es distinto de una noche á la siguiente; pero por lo comun siempre presenta una banda de color blanquecino situada en el Ecuador, y otras dos mas oscuras al Norte y al Sur de la primera. El contorno de estas bandas y el color de algunas regiones del planeta son en extremo variables; unas veces se ven las bandas de color rosado; otras, de un tono cobrizo, blanquecinas, amarillentas y tambien verdosas.

La disposicion de estas masas de vapores en zonas paralelas al Ecuador, sus cambios de forma y movimientos, que aumentan con la latitud, es decir, á medida que se acercan á los polos, parecian demostrar que entre el inmenso Júpiter y nuestra Tierra no dejaba de haber gran analogia en lo referente, cuando ménos, á la distribucion de las regiones de nubes y lluvias. Esto sin hacer mencion de que, por lo demás, Júpiter, como uno de los cuerpos que componen el cortejo del Sol, ha de participar de las condiciones generales de todo planeta, independiente de

su volúmen, de la inclinacion de su eje de rotacion, del mayor ó menor número de sus lunas, de su distancia al astro central, de la duracion de su año, etc. etc. Pero hé aquí que los estudios astronómicos efectuados últimamente parecen indicar que la constitucion física de Júpiter se asemeja mas á la del Sol que á la de los planetas que alrededor de este gravitan. De las numerosas observaciones verificadas en época reciente por ilustres astrónomos resulta que el globo de Júpiter es mas brillante en el centro que en los bordes, de cuya condicion participa el Sol; la diferencia de brillo entre ambas regiones es muy considerable, pues si admitimos que la luz del centro del disco se representa por tres, la de los limbos hay que reducirla á uno. La explicacion de este fenómeno es bien sencilla. Júpiter está rodeado de una atmósfera absorbente de muchas leguas de espesor; si el cuerpo del planeta es en realidad luminoso por sí mismo, los rayos que emita han de pasar precisamente á través de esta atmósfera, debilitándose tanto más cuanto mayor sea la extension y densidad de las capas que atraviesen. En el Sol ocurre esto mismo, pues el núcleo ó cuerpo brillante se halla envuelto por una capa de vapores melancólicos que se llama *chromoesfera*, y por otra capa, compuesta de hidrógeno en su mayor parte, que ha recibido el impropio nombre de *foto-esfera*.

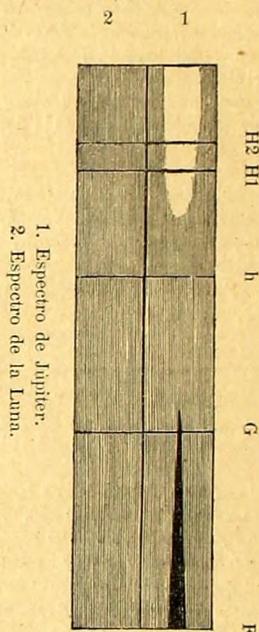
Para apreciar la diferencia luminosa de las diversas zonas de Júpiter, podemos servirnos con éxito de los pasos de sus satélites por el disco del planeta.

Como sabemos, en torno de este mundo colosal giran cuatro lunas, descubiertas por Galileo, quien las denominó astros de Médicis en honor de sus protectores los duques de Toscana. Este descubrimiento contribuyó en parte principalísima á echar por tierra las vetustas ideas de los peripatéticos acerca de la constitucion del universo.

Cuando uno de los satélites, en virtud de su movimiento de revolucion en torno del cuerdo primario, se proyecta sobre el disco de éste, se vé, por lo comun, como un punto brillante en las inmediaciones del limbo; pero á medida que se aproxima al centro, decrece su luz y se presenta como una mancha negra sobre el fondo iluminado. En su marcha hácia el otro borde se reproduce el mismo fenómeno, si bien en orden inverso.

Otra prueba, mejor dicho, otro indicio de la semejanza que existe entre Júpiter y el Sol se encuentra en la observacion efectuada por varios astrónomos, de que el planeta refleja una can-

tidad de luz superior á la que recibe del astro central. Si estas observaciones se confirmaran en todos sus extremos, quedaria resuelta la cuestion y habria de admitirse que Júpiter brillaba con luz propia. En contra de semejante hipótesis, sin embargo, se presenta un argumento de gran fuerza, que es el siguiente:



Cuando los satélites se encuentran en el cono de sombra que proyecta el planeta en el espacio al lado opuesto al Sol, son completamente invisibles; luego el cuerpo primario tiene que ser opaco. A esto replican los que admiten la existencia de la luz propia de Júpiter que los rápidos movimientos observados en la parte visible del planeta, ó sea en las capas superiores de su atmósfera, y que á veces abarcan extensiones enormes, no pueden ser producidos por el simple calor del Sol, que tan debilitado llega al mundo jovial á causa de la gran distancia que media entre ambos cuerpos, pues que solo recibe el planeta una vigésima parte de la luz y el calor que recoje la Tierra; por consiguiente, el centro de Júpiter, foco de estas fuerzas colosales, debe tener una temperatura elevadísima, comparable únicamente á la del Sol. De aquí deducen algunos que Júpiter se encuentra en estado pastoso ó semi-líquido, sin que aun se le haya lle-

gado á formar una corteza sólida como la de nuestro globo, y que la parte interna, líquida ó gaseosa, pero incandescente, envuelta no mas que por los densos vapores de la atmósfera jovial, se hace visible en ocasiones, cuando los gases luminosos, recientemente desprendidos del núcleo, llegan á la periferia ó limite superior de esta envoltura, en la cual se enfrían con rapidez perdiendo al mismo tiempo su luz propia, debida exclusivamente á su elevada temperatura. En este caso la luz de Júpiter sería de carácter eruptivo ó periódico.

Hace unos cuantos meses, el profesor Draper, de la Universidad de Nueva-York, obtuvo una hermosa série de fotografías del espectro de Júpiter, que parecen demostrar la semejanza que existe, á juicio de varios astrónomos, entre este planeta y el Sol. Si la luz de Júpiter se debe en gran parte á su propia incandescencia, es indudable que su espectro ha de ser distinto del que ofrece el Sol, á menos de aceptar la teoría, de todo punto improbable, de que ambos cuerpos estén formados por unos mismos elementos, en proporciones iguales y sometidos á idénticas condiciones físicas. El profesor Draper, cuyo padre fué el primer astrónomo que obtuvo imágenes fotográficas de la Luna, ha reunido una coleccion importante de fotografías del espectro de Júpiter, sacadas en su magnífico observatorio, sito en las cercanías de Nueva-York. De su exámen resulta que los espectros del Sol y de Júpiter son, por lo general, estremadamente parecidos, lo cual indica que casi toda la luz que Júpiter envía á la Tierra es luz solar reflejada.

En una ocasion, sin embargo, obtuvo Draper una fotografia del espectro de Júpiter, que, comparada con otra del espectro lunar, presentaba una diferencia de cierta importancia, no precisamente en cuanto al número y disposicion de las líneas de Fraunhofer, sino relativa á la longitud ó extension del fondo del espectro. En el de la Luna se proyectan las líneas de absorcion sobre una banda con los colores del iris, de intensidad uniforme en todas las regiones que componen la cinta espectral; pero en el espectro de Júpiter se observa que es mucho mas débil el fondo en la parte que corresponde á la mediacion de la faja prismática, cerca de la línea *h* y mayormente hácia el extremo *F*.

De este fenómeno, tan sencillo en la apariencia, deduce el profesor Draper consecuencias de mucho valor científico; en su sentir, la luz del sol es absorbida en proporcion sensible por los vapores que ocupan las regiones ecuatoriales del planeta, las mismas que á su vez emiten una

luz propia inherente al astro; para explicar la contradicción que se advierte entre estas dos afirmaciones, supone el sabio americano que la temperatura de las sustancias incandescentes que producen la luz de la zona ecuatorial de Júpiter no es bastante elevada para que pueda tener efecto la emision de rayos de cierta refrangibilidad. Por otra parte, estos mismos elementos que no llegan á emitir luz absorben los rayos mas refrangibles de la luz solar, produciendo la oscuridad que se advierte en el fondo del espectro.

Estas y otras deducciones del profesor Draper, demasiado tecnológicas para que podamos ocuparnos de ellas, han promovido animadas controversias en el seno de la Sociedad astronómica de Lóndres, de las que parece resultar que Júpiter es un sol moribundo ó un planeta naciente, que va á crecer ó desarrollarse ante nuestros ojos, pasando por las etapas que ya recorrió la Tierra, hasta llegar, como llegaremos nosotros, á la triste condicion de cadáver planetario, en que se encuentra hace muchísimos siglos nuestro inseparable satélite, la petrificada y desierta Selena.

Augusto T. Arcimis.

POESIAS

Dos capítulos

Á UNA MUJER

I

— Pocos meses hace apenas
Que estuve cerca de tí,
Y tus pupilas serenas
De fuego y delirio llenas
Brillar en tu rostro ví.
— Lánguida vibró un momento
Callada voz que al pasar
En alas del raudó viento,
Robó á mi lira un acento
Que fué en tu oído á sonar.
— La tierna voz de los séres
Que fian su vida en amor,
Forjó en la mente placeres
Y fantásticas mujeres
Y delirio arrobador.
— Busqué en tu conciencia pura
Un remedio á mis pesares,
Y en mis horas de amargura,

De ti, mi mente segura,
Te dedicó sus cantares.....

II

— Está tu frente desierta
De lisongera ilusión,
En ti el amor no despierta,
A tu alma la arrastras muerta
Y vá muerto el corazón.
— Sigue tu camino oscuro
Donde no brilla el amor
Con su rayo leve y puro....
Sigue tu senda, que duro
Te espera fiero el dolor.
— Y si acaso turba ansioso
Mi recuerdo á tu memoria,
Si en hora ó día lacrimoso,
Renace en ti poderoso
El amor que fué mi gloria;
— Devora en tu suerte triste
Horas de amargo sufrir....
¿ Quién al dolor se resiste
Si amor el alma no viste ?....
Muere..... no amar es morir !

Deucalion.

SUELTOS

En la última sesión de la *Indian Institution* se ha leído una Memoria sobre la posición social y la educación de las mujeres mahometanas en la India: esta Memoria ha sido leída por Syed-Hassan, mahometano que vive en la provincia de Oude.

Del Trabajo de Syed-Hassan resulta que la «Zenana», es decir, el sitio de reclusión de las mahometanas, es considerado por éstas como un privilegio y no como una privación.

El sistema de la Zenana no tiene por objeto la reclusión de las mujeres, sino la satisfacción de su deseo, de seguir una costumbre que tiene profundas raíces en Oriente. Si la Zenana no fuese el resultado de las preocupaciones sociales de la mujer mahometanas, en breve desaparecería de las costumbres.

La Zenana no es hija de la religión ni de la ley, pero el tiempo y el uso no interrumpido le ha dado las apariencias exteriores de una institución religiosa.

Syed-Hassan reconoce que este sistema es contrario á la higiene y atribuye á la reclusión de la muger la falta de salud y la degeneración de los musulmanes en la India.

Después de haber expuesto la situación de las mujeres y las condiciones de su educación, Syed-Hassan termina declarando que la poligamia es contraria al espíritu de la ley mahometana, y que desaparece gradualmente entre los musulmanes de la India.

∴

Hace grandes progresos en Inglaterra la enseñanza teórico — práctica del oficio de cocinero: en Londres hace siete años que se fundó la primera escuela nacional de cocina (*National Training School for Cookery*), y posteriormente se han creado varias en Edimburgo, Liverpool, Leed, Manchester, Birmingham, Sheffield y otras varias localidades del Reino Unido. El gobierno concede la gratificación de cuatro cheelines á los alumnos aprobados en dichos conocimientos, expidiéndose títulos de maestro de cocina. Según refiere el *Times*, la Escuela central de Londres ha servido de modelo para la fundación de otras análogas en Nueva-York, Washington, Boston, Portsmouth, Kansas — City, Memphis, donde, por lo visto se da gran importancia á la satisfacción de las necesidades gastronómicas.

∴

El *Scientific American* saludaba recientemente el nacimiento del primer elefante que ha visto la luz en América. Este interesante acontecimiento ha tenido lugar el mes de Mayo, en el circo Cooper y Barley, de Filadelfia. El recién nacido pertenece al sexo femenino, y media, al venir al mundo, 1 metro 36 centímetros de longitud y 87 centímetros de altura, pesando 87 kilogramos. La madre tiene veinte y tres años, y pesa 3,624 kilogramos, y procede de la isla de Ceylan. La gestación ha durado veinte meses y veinte días. La madre y el hijo continúan sin novedad.

∴

En el próximo número continuará el juicio que sobre Gustavo Adolfo Becquer empezó en el anterior nuestro compañero M. Herrero y Espinosa.

∴

Agradecemos á la *Liga Industrial* las targetas que nos envió para la inauguración de la Exposición permanente que existe allí.